



UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA SUR

CUCOSTA SUR
GRANA



Colección La Zanja

EL VALLE O TIERRA DE NADIE

Esther Armenta

EL VALLE
O TIERRA DE NADIE

EL VALLE O TIERRA DE NADIE

ESTHER ARMENTA



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa Sur

A Mercedes, mujer de surcos, abuela:

Te llamabas Mercedes. Tenías los pies descalzos y tus cabellos de plata estaban hechos una furia. Toda tu vida fuiste hija del viento, trazando tu camino y guiando al aire con cada canto que de manera inesperada llevaste a los oídos de tus hijos y los hijos de tus hijos, que también son de viento. Te llamabas Mercedes, pero te cambiaron el nombre para ponerte hija, hermana, amiga, esposa, madre, tía, abuela; te nombraron Meche y Mechitas para recordarte con diminutivos el significado del nombre que supiste desempeñar con valentía, rindiendo el mejor de los tributos al compromiso de ser Mercedes: “la que libera” o “libertadora”. Tu caminar despreocupado por los surcos del valle enseñó a las mujeres de tu casta que la libertad no se mide y no se reprime, que el cabello suelto, el baile, las risas y el orgullo se llevan con dignidad y sin medida, que los ríos son para bañarse y la comida para disfrutar. Te llamabas Mercedes, pero te nombramos libertad.

Primera edición 2021

© D.R. 2021, La autora

© D.R. 2021 Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa Sur
Av Independencia Nacional 151, Centro
48900 Autlán de Navarro, Jalisco

ISBN: 978-607-571-562-9

ISBN Colección La zanja: 978-607-742-909-8

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Contenido

Adaptación	9
Elvira, el fruto de mayo y una herencia familiar	11
San Gabriel, el pueblo que se inundó en un día sin lluvia	17
Historia de sangre y polvo.....	21
Miriam Díaz, mujer, madre y bombera.....	29
El camino a la fe, peregrinaje guadalupano en Autlán	35
¿Quién es Atanasio Monroy y por qué no está en Wikipedia?.....	39
Antes de llegar a 2020, Año Nuevo en el Asilo Las Montañas	47
Adoptar su nombre y la lucha.....	51
La incertidumbre de volver a casa	53

Adaptación

Tardé en reconocer estos cerros. Llegué el 14 de mayo de 2019 y tuvieron que pasar largos meses para sentirme parte de ellos. Antes había estado aquí, en los cerros de Autlán, recorrí sus calles al menos cinco años antes de mi llegada permanente; en aquel momento mi cabello era igual de negro pero menos corto, su largo convivía con mis hombros y no como ahora, que juega sus puntas en mi nuca. Desde entonces no los volví a ver, pero a mi regreso daban la impresión de ser los mismos montículos de tierra que no eran míos y que a simple vista también eran tierra de nadie. Debí transcurrir más de un año para descubrir que este es suelo privilegiado, y a diferencia de lo que supuse, algunos se asumen dueños de él, pelean por la conservación de la zona, pero eso es otra historia. El punto central es que durante los primeros días pensé que mi extrañeza por este paisaje era compartida con el resto de quienes lo habitan; me lo aseguró el mismo hombre que me dijo por primera vez “Esta es tierra de nadie” y a quien yo le creí, sin saber que aquí se había cosechado tradición, música, pintura, poesía, guerras y triunfos mucho antes de mi llegada, con esfuerzo y sentido de pertenencia de hombres y mujeres a lo largo de la historia de Autlán de Navarro.

Los cerros de los que hablo conviven con la mancha urbana. Basta caminar unos 20 minutos y trepar un cerro al que llaman en diminutivo El Cerrito, para mirar el valle en el que estamos metidos. Yo subí a escasas tres semanas de mi arribo con el afán de experimentar el ritual que provocara, al fin, el efecto de ser uno mismo, pero no funcionó en ese momento, así que la única idea agitada con la que bajé de regreso a la ciudad fue que no importa a donde mires, siempre verás cerros, infinitos y diversos. Se trata de una paleta de colores en donde los más cercanos son tonos intensos, con curvas pronunciadas y texturas palpables a los ojos; avanzas la vista hasta llegar al azul montaña que se desvanece

en el horizonte. Es una versión sólida de la profundidad del océano y sus tonalidades. Siempre cerros.

Sin darme cuenta comencé a observarlos, a ellos y a las historias que suceden en sus faldas. Lo hice creyéndome ajena, espectadora de paso. Se instaló agosto, ahí no tuve más opciones que ceder a la lluvia y, por tanto, a la incitación de los cuerpos montañosos vestidos con nubes blancas y el cielo a punto de reventar. Bailé con la lluvia de temporal para ahogar la idea de no pertenecer y al término de la tormenta salí de casa para escuchar las voces que afirman ser de esta tierra y niegan que se trate de territorio huérfano.

Mis encuentros de 2019 y 2020 en el valle de Autlán sucedieron en el orden que describo a continuación.

Elvira, el fruto de mayo y una herencia familiar

Ya en el suelo continúan sangrando o llorando, depende de quién las mire. Para Leslie las pitayas lloran cuando son arrancadas de los brazos de la cactácea que les da la vida; sus lágrimas son producidas por el gancho de metal que penetra la capa de espinas de su piel verdosa hasta llegar al interior carnoso.

Antes de trepar la tierra árida donde se forman los órganos que arrojan las pitayas, irrumpe una voz de niña:

—¿Hasta dónde van? —cuestiona Leslie desde el fondo de la habitación.

—Aquí nada más —confiesa su madre Elvira antes de partir.

Leslie, con un short a cuadros, camisa rosa de resaque, zapatos tipo flat y la voluntad de ascender los cerros, se dispone a salir de casa para acompañar a su mamá al corte de pitayas; le dice que la espere.

La casa de Elvira se ubica a un costado de las montañas que ha elegido para cortar pitayas una tarde de junio.

A las faldas de las montañas las vacas mugen, las calles se observan vacías y los órganos se ven lejanos, perspectiva que no cambia incluso en la cima del monte, al pie del tallo, donde los brazos del órgano se abren a más de un metro de la cabeza humana que se postra bajo su escuálida sombra.

La versión negra y fantasmal de los órganos proyectada en el piso es una representación plana del cuerpo robusto, lleno de pliegues verticales con espinas e interior acuoso que los caracteriza y que asegura su supervivencia cuando las lluvias no aparecen.

Elvira alza primero la vista y luego toma los carrizos que en este momento son una extensión de sus brazos; lo primero lo hace para detectar el fruto maduro, lo segundo para atrapar la pitaya. Su brazo de ca-

rrizo se inclina hacia el suelo, en donde deja la pitaya que hasta entonces permanece dorada y exhibe sus primeras lágrimas rojas, que manchan las espinas. Una vez alejado el gancho, la pitaya queda inmóvil.

Gracias al saber heredado de su madre, a sus 16 años de vida Leslie desarropa a la pitaya de sus espinas hasta evidenciar la desnudez de su figura redonda, llena de semillas negras. Para hacerlo, se pone en cuclillas, utiliza un cuchillo de hoja plana y retira todas las extremidades puntiagudas mientras sus pies desafían la inclinación del monte y se aferran a la tierra en contra de la gravedad. Cuando termina, un balde recibe a la pitaya y el fruto descansa.

—¡Ay, Dios mío!, pues yo creo que no hay parte fácil porque ir a cortarlas es difícil, subir el cerro es difícil y mucha gente la cortamos en la madrugada... tal vez, comérselas ya cortaditas sea lo más fácil —dice Elvira, hija y nieta de hombres y mujeres dedicados a la producción y cosecha de pitayas.

Hoy Elvira hace una excepción; subió a cortar pitayas por la tarde para demostrarme el trabajo que realiza de forma habitual cuando a las horas se les llama día pero el cielo sigue negro.

Todos los días, a las cuatro de la mañana, ella y sus dos hijas se encaminan cuesta arriba a cortar pitayas de órganos silvestres dispersos en el campo. A esa hora saben que pueden encontrarse con algunos integrantes de las 60 familias que conforman a Chiquihuitlán y que, como ellas, se rodean de la oscuridad rota por lámparas colgadas en su frente para iluminar y facilitar la cosecha.

En el corte, la luz artificial y los cosechadores no son su única compañía; en algún lugar se encuentran los animales que habitan los cerros. “La onza”, dice Elvira, mientras señala su teléfono para mostrar la imagen de un yaguarundí, el animal que se le atravesó esa mañana en medio de la oscuridad. Se lo dice a Ana, también cosechadora, cuando se encuentran lejos de los pitayales con chiquigüites cargados de pitayas en los portales del Mercado Juárez, en Autlán de Navarro.

—Estaba bien bonito, yo no le tengo miedo —insiste Elvira en respuesta a las caras de asombro de otros comerciantes.

Chiquihuitlán se halla a 20 minutos de la cabecera municipal de Autlán. Conserva un clima costero pese a que las playas más cercanas están a 107 kilómetros de distancia, pero la esencia del mar, al menos de

su brisa, puede encontrarse en el cabello crespo y las mejillas brillantes de los habitantes que se dejan ver en la calle que da la bienvenida al poblado, aunque seguramente así son las 202 personas que viven aquí y que desde pequeñas se dedican al mismo oficio que Elvira.

—Todas las personas vamos a las pitayas, desde grandes que puedan ir hasta los niños de diez años andan en friega —cuenta Elvira desde su experiencia. Ella llegó a la región cuando tenía nueve y desde ese momento recuerda que todos cortan pitayas. Treinta y cinco cosechas después de haber llegado a Autlán, sigue ahí, en la colecta.

Para los habitantes de Chiquihuitlán los meses de mayo y junio son los de mayor ingreso económico. A diferencia del resto del año, esos meses proveen trabajo. Elvira es jefa de hogar, tiene tres hijos y solo sus dos hijas dependen de ella; el mayor no lo hace más, ahora es esposo y suministrador en otra vivienda en donde la temporada de pitayas también representa el mantenimiento de la familia.

Al regreso del corte y bajo la sombra del guamúchil tiene las mejillas intactas, como si no hubiera estado una hora expuesta al sol; Elvira resalta la importancia de esta temporada en la que “uno se ayuda mucho. Es un apoyo que tenemos en la comunidad. Toda le gente nos ponemos a *pitayar* porque en tiempo de lluvias ya no hay trabajo”, dice.

Cuando termina la temporada de cosecha, ella y otras mujeres se dedican a la venta de tacos, lo hacen hasta que las lluvias de julio impiden su traslado a los portales del centro de Autlán, entonces se quedan en sus casas administrando el dinero reunido durante el buen tiempo.

Ana, Elvira y Leslie tal vez lo sepan, quizá no, pero forman parte del impacto cultural y social de las pitayas en la región.

Sin pronunciar sus nombres, sus vidas son aludidas en el último pasillo del edificio de rectoría del Centro Universitario de la Costa Sur, de la Universidad de Guadalajara, para explicar que el arraigo cultural proviene del cultivo y la venta de las pitayas. Dentro de un cubículo está Alfredo Castañeda, doctor en sociología y jefe del Departamento de Producción Agrícola del plantel. Antes de invitar a pasar a la oficina, Castañeda dice que lo de mayor importancia en la agricultura es la producción sustentable, luego procede a abrir la puerta y a tomar asiento para hablar del *Stenocereus*, nombre científico del cactus que da pitayas. A su lado derecho está un póster de Emiliano Zapata jalando a un ca-

ballo blanco de la rienda; detrás, un grupo de campesinos vestidos de manta lo siguen. Para cuando esta charla termine, Alfredo Castañeda dirá que no cree merecer estar al lado de Zapata, pero no explica por qué.

Sus palabras cuentan que los rostros asociados a la pitaya son femeninos, en su primer recuerdo del municipio están las mujeres en los portales vendiendo el fruto.

—Había mujeres grandes, jovencitas y muy eventualmente los hombres de la tercera edad, pero prevalecen las mujeres y las jovencitas que están comercializando en esta área —cuenta Alfredo, sin dejar de deslizar las yemas de sus dedos sobre la mesa, como reconstruyendo la escena y el espacio en que vio los chiquigüites pintados de rojo y amarillo por primera vez en el portal Guerrero del mercado.

Durante años, Alfredo Castañeda ha estudiado el impacto social de la pitaya. En sus conclusiones identificó el rol familiar en la temporada de recolección, que casi siempre sucede en pareja.

—Van el hombre y la mujer, y es el hombre es el que está bajando la pitaya. Cuando toma la pitaya, se pone en el suelo y la mujer la recoge para quitar las espinas y luego se la lleva en la cubeta —afirma Castañeda y agrega que casi siempre es de esa forma, pero Elvira y sus hijas son la excepción: ellas realizan todo el trabajo de cortar, pelar y llevarlas a los consumidores.

El jefe de departamento dibuja un camino imaginario sobre la mesa para marcar la frontera de México con Estados Unidos, continúa su recorrido sobre el mapa ficticio y destaca a California, Arizona y Nuevo México. Después ingresa en México, recorre América Central hasta llegar a Venezuela y se salta, finalmente, a las Islas Antillas. La trayectoria marcada por sus dedos indica la existencia de suelos áridos y semiáridos natos para la formación de cactáceas silvestres que dan pitayas. Para explicarlo, el viaje toma una pausa en los labios de Castañeda, quien reanuda la conversación enfocándose en la producción mexicana y la relevancia de la Subcuenca de Sayula, integrada por los estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Aguascalientes y Querétaro, en la comercialización de pitayas. Dicho eso, aclara que esta región comparte importancia con la mixteca baja, definida por el investigador como “otra región importante donde se dan las cactáceas y se recolecta pitaya,

esa región tiene a Puebla, Oaxaca y parte de Guerrero. Esta región lleva pitayas a la Ciudad de México, Morelos, Puebla y Veracruz”.

Los colores de las pitayas son propios de la geografía en que crecen. En todos los estados la tierra es árida, pero compartir el tipo de suelo no garantiza que las pitayas sean iguales; tan solo en Jalisco los colores varían de acuerdo a la localidad en que brotan.

Alfredo Castañeda repite con frecuencia la frase “y eso”, la emplea cuando las palabras quedan cortas al exponer un fenómeno o simplemente para dar por terminada una idea; en este instante la prepara al decir que los colores de las pitayas se deben a la biodiversidad y la relación del órgano con el ambiente en que vive. “*Por interacción genética con el medio ambiente surgen los colores... y eso*”, comenta. Parece que ha concluido, pero retorna a la biodiversidad para agregar que gracias a ella prevalecen las especies al permitir la evolución de las plantas.

Con la mirada fija, es exacto en su declaración: “En el momento en el que la humanidad pierda la brújula y se vaya solamente a un cierto número de variedades, está condenada a sufrir hambrunas. Tiene que dejar que las plantas evolucionen, que interaccionen con el ambiente y puedan tener resistencias para sobrevivir al cambio climático. La pitaya se adaptará a los cambios en su ambiente natural”, sentencia sin titubeos el hombre de lentes delgados y rostro redondo.

Alfredo Castañeda sabe que la supervivencia de la pitaya no depende del clima sino del suelo, que es seco desde su creación, pero modificado por elección de la humanidad para cambiar su utilidad. La conservación del fruto de mayo sucederá si dejan que los pitayos rieguen sus semillas y los “pitayitos” nazcan al pie del órgano madre para luego llevarlos y reforestar donde la deforestación arrasa con esta cactácea.

La disminución de pitayales, producida por su extracción y sustitución, es parte del conocimiento de Elvira, quien reconoce las manchas negras en los cerros provocadas por los incendios y cortes de vegetación. Ha presenciado la deforestación de órganos mencionada por Alfredo Castañeda.

—El cambio climático les está afectando a los órganos. Este año hay más poquita pitaya, ya los órganos están solos. Yo creo que cada año va a haber menos. Al paso que vamos, pienso que llegará el momento en que ya no haya pitayas —relata la habitante de Chiquihuitlán.

En el pasado, su familia cargaba hasta 720 pitayas al día. El recuerdo le causa asombro, no sabe cómo eran capaces de vender hasta la última pieza si ahora cortan apenas 120 pitayas, lo que equivale a dos cubetas.

Para que un órgano crezca y dé buenas pitayas, deben pasar al menos diez años, de acuerdo con Elvira. Ella tiene en la memoria a su padre sembrando órganos en el corral familiar, dice que tuvieron que pasar todos esos años hasta ver pitayas generosas.

—Muchos órganos se van cayendo con los años y para que un órgano crezca y dé pitayas tienen que pasar muchísimos años —afirma.

Se sabe cuánto tiempo debe transcurrir para que un órgano llegue a la madurez, pero Elvira y Alfredo no tienen certeza de cuántos se necesitan para verlos morir. El investigador acepta que la pitaya está en riesgo de muerte prematura si no se toman medidas de protección. Su deterioro en el entorno natural es evidente.

—Según la conciencia y las medidas que se decidan adoptar, pero deben ser consensuadas entre los dueños de las tierras, recolectores, ayuntamiento e instituciones —dice Alfredo Castañeda respecto al tiempo que queda para resguardar a la planta.

Para él, la fruta que llora o sangra “es nuestro fruto, el que da identidad a los autlenses”. Antes de completar la frase señala su pecho izquierdo con los dedos unidos, porque la pertenencia se lleva en el corazón.

Al igual que el órgano, el ritual entero de las pitayas puede morir. Elvira no tiene la seguridad de que Leslie decida continuar el corte y venta de pitayas cuando sea adulta: “Ya lo decidirá ella”. Por lo pronto, a Elvira le queda compartir las mañanas de mayo y perfeccionar su herencia familiar hasta que sus aprendices se lo permitan.

San Gabriel, el pueblo que se inundó en un día sin lluvia

La vida cambia deprisa.
La vida cambia en un instante.
Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.

JOAN DIDION

Ese día que se ahoga en la memoria, no llovió. La mañana del domingo tuvo calles secas y soleadas en San Gabriel, pero la tarde luce negra a causa del lodo, las piedras, los troncos y la gente de luto, como Alfredo, que deambula en la periferia del municipio rulfiano intentando saber cómo pasó todo tan de prisa.

Alfredo se bañaba y afuera el río ya estaba bramando.

El sonido de la corriente lo llevó de la regadera a la ventana; delante de él vio cómo el agua no bajó sola y se trajo al cerro exiliado por los incendios forestales, que consumieron 16,000 hectáreas semanas atrás. “Estaba lleno de palizada, veía cómo salían carros que los traía el arroyo. Traía piedras, palizada”, dice Alfredo entre tartamudeos, antes de ser reemplazado por la voz grabada de una mujer que se acerca lento desde la bocina de un automóvil para anunciar el reparto de agua en uno de los centros de acopio.

El lunes 3 de junio Alfredo da su testimonio. Han pasado al menos 24 horas desde que el río que atraviesa el pueblo se descubrió rebelde, ladrón. A su paso robó vidas, la de cinco personas, animales de granja y el patrimonio de las familias.

A las nueve de la noche del mismo lunes, San Gabriel está a menos de diez minutos de quedar a oscuras; los rostros y las casas comienzan

a transformarse en sombras, en siluetas deformes porque el sol se ha ido. Las personas se distinguen de otros objetos por su movimiento al andar, pero las casas, objetos inmóviles, afirman su existencia cuando dejan salir las voces de los que están en su interior, bajo el marco de la entrada o lo que solía serlo hasta el momento en que los gritos de auxilio se confundieron con el anuncio de la aparición del río Salsipuedes. “¡El río! ¡El río!”, la gente no podía asimilar lo que veía ese 2 de junio de 2019, su instinto de supervivencia le hizo escapar de la creciente ennegrecida que se llevó el día soleado.

Hoy que ya es de noche y no hay luz, el *llano en llamas* está apagado.

Los pies se hunden en la oscuridad. La falta de luminaria se siente en los pasos dados a la suerte que quedan marcados en el lodo fresco. En algunas zonas se ha endurecido y permite movimientos firmes a hombres y mujeres que, llegada la penumbra, portan lámparas en sus frentes y se transforman en luciérnagas para enfocar su andar. Al caminar la gente no habla y sus rostros son todos iguales, sombras.

Tampoco hay energía eléctrica, no ha regresado en su totalidad, por eso los albergues y centros de acopio que se formaron de inmediato, a pocas horas del desastre, cierran antes de dar las nueve, porque entre los voluntarios ya no saben quiénes son, se desconocen las caras.

Fuera de los centros de atención, los cuatro kilómetros y medio atravesados por el río se reconstruyen entre murmullos de sus habitantes que salieron justo a tiempo, que escucharon a lo lejos o muy de cerca cómo venía la avalancha. Muchos siguen divisando el río, que todavía lleva agua, en búsqueda de respuestas a lo acontecido. Enajenado a las miradas, el cauce ya no brama, sólo fluye, como si nada hubiese pasado.

—Vi la cama aquí de alto —dice una mujer, señalando una medida que rebasa su cuerpo.

Quedaron las marcas del lodo en las paredes, el barro invadió la calle Independencia por donde cruza el Salsipuedes, el río que se expandió 200 metros de ancho para abrir los hogares ajenos sin previo aviso, sin ser invitado.

Alfredo tiene una teoría de la visita inesperada, la cuenta mientras empuña en sus manos un reloj color plata, como esperando el momento preciso para enjuiciar a los culpables. “Fueron los aguacateros”, senten-

cia el viejo. Su dictamen es aprobado por otros que también socializan el actuar ilegal de los agricultores.

La industria aguacatera alcanzó en 2019 la extensión de 30,000 hectáreas de tierra en el sur de Jalisco. Los plantíos crecidos en suelo serreño se traducen a 4,500 millones de pesos anuales a nivel estatal, su impacto en la economía es importante. Traducido en dinero, es fácil aceptar que los bosques se cambian por billetes y que la irregularidad con que sucede sea capaz de filtrarse y manchar de lodo a los pueblos del sur, justo como lo hizo con San Gabriel.

El cambio de uso de suelo es impactante. Hay cifras reveladas por el periodista Agustín del Castillo que respaldan el señalamiento de Alfredo. Agustín dijo, meses después del desbordamiento del río, que las huertas se multiplicaron 23 veces en catorce años, al pasar de 1,260 hectáreas a 28,833.5 en las regiones Sierra del Tigre, Apango y Complejo Volcánico de Colima entre 2003 y 2017. Según lo publicado por el reportero, el proceso de cambio fue ilegal en 95 de cada 100 hectáreas destinadas al cultivo de esta planta.

La industria seguirá creciendo, el tiempo avanza y el Salsipuedes se fortalece para ser invasor. Nadie tiene la certeza, pero es probable que el río vuelva a acrecentarse de manera inesperada, tal como lo hizo el día en que la lluvia fue ausencia y ella bastó para inundar mil casas construidas a orilla de la corriente.

Historia de sangre y polvo

Un día, las reses destazadas compartieron papel con la historia autlense. Entre los años treinta y cuarenta, alguien pensó que la evidencia escrita de Autlán no servía para menos que envoltura de carne, por eso los trozos de animales exhibidos en el mercado Juárez fueron envueltos en actas de ayuntamiento para ser llevados de la tienda a las casas. Mezclada con la sangre del animal, la certeza histórica del municipio nunca fue la misma, hay quienes dicen que el presente está incompleto.

Guillermo Tovar Vázquez es uno de ellos. “Memo” es cronista municipal, tiene la mirada profunda y los brazos cruzados sobre su escritorio cuando habla de ese vacío histórico, luego de que los pliegos no cupieran más y se pensara que repartir los documentos oficiales para embalar la carne todavía empapada de sangre era un gesto noble e ingenioso.

—En cada papel utilizado para envolver un bistec se perdieron datos —testifica Guillermo sin rodeos.

Las palabras del cronista honorario comparten opinión con lo escrito en 1988 por Rubén Villaseñor en el libro *Autlán*, donde dice que “hace algunos años lo que alguien juzgó sin interés se vendió como papel de envoltura”, en referencia al acontecimiento. En los mismos párrafos de *Autlán*, página 12, se habla del arrepentimiento tardío con que otros funcionarios enviaron a recoger las pertenencias del archivo, así que no fueron devueltos en su totalidad: “No todo volvió al cuarto del edificio municipal donde aún yace cubierto de polvo, sirviendo de lecho y alimento a los roedores y la polilla”, escribió.

Los párrafos de Villaseñor tienen vigencia en el año 2019 y la tendrán todavía tiempo después. Al entrar a la oficina del archivo histórico de Autlán, el polvo y la polilla continúan arrojando a “algunos

paquetes (que) tienen marcado en un marbete de tabla o cartón el año correspondiente” para identificarlos.

Las paredes de ladrillo pierden su figura, son sustituidas por cajas de cartón que guardan la memoria de Autlán de la Grana. Los muros de concreto se achican y se vuelven víctimas de la sobrepoblación, causada por 1766 cajas catalogadas y las otras tantas que se mantienen en el anonimato desde 1886, cuando al cúmulo de cartones se les otorgó el nombre de archivo municipal.

Expuesto al ambiente, el papel se desintegra en un año. En este sitio no se les deja morir en tan poco tiempo, pero parece un cuartel de castigo; siguen vivos a pesar de la tortura. El archivo municipal se instala en la Casa de la Cultura “Don Efraín González Luna”, sobre avenida Hidalgo 247, domicilio donde se atestigua la agonía provocada por lesiones en la superficie de algunos escritos, imposibles de salvar, porque el paso del tiempo y la humedad de treinta años no perdonan su existencia.

Los relatos u oficios creados en la función pública tienen dos vidas: la física y la administrativa. La primera determina el tiempo de su existencia material, que puede immortalizarse si se cumple el artículo 11 de la Ley General de Archivo, fracción XI, donde se decreta: “aplicar métodos y medidas para la organización, protección y conservación de los documentos de archivo, considerando el estado que guardan y el espacio para su almacenamiento; así como procurar el resguardo digital”. La segunda vida, la administrativa, dura de cinco a treinta años desde su nacimiento; después de ese tiempo deberán seleccionarse los papeles considerados históricos o relevantes y el resto debe unirse a la depuración establecida por la ley.

En Autlán no se recuerda el día ni año en que se hizo la última depuración de contenido oficial, así que los papeles tienen el mismo valor y fin, sin distinción.

Al respirar sus paredes, el cosquilleo en la nariz desciende paulatinamente a causa del aserrín, el mismo que al tocar los estantes en que están los archivos se adhiere a las yemas de los dedos. En los anaqueles hay 133 años de historia, aunque hace siete que no se reciben nuevos cajones de papel por falta de suelo para acomodarlos. Los que no alcanzan en este espacio, dicen, se han mudado a una sala en Palacio Municipal.

Allá nadie sabe en dónde están. Dentro de la alcaldía, el personal administrativo lleva de una ventanilla a otra para preguntar en dónde se han puesto los archivos que ya no reciben en Casa de la Cultura. Una llamada a la tesorería municipal determinará que son guardados bajo llave, porque pertenecen a tesorería y sindicatura, pero nadie explica en dónde se ubican. El resto de los expedientes de otras áreas permanecen en las oficinas correspondientes a su creación: “Cada quien tiene su montón de papeles aquí acomodados porque ya no reciben en Casa de la Cultura”, dice una mujer detrás del escritorio en su oficina.

De vuelta al archivo, la forma de origen rectangular parece laberinto de papel. Dentro de la habitación, en uno de los pasillos creados por las cajas, está Guillermo Alejandro Íñiguez Díaz, jefe de archivo histórico; a su espalda y frente a él, cartones enumerados color beige lo acompañan. Alejandro es licenciado en Administración, llegó al cargo en octubre del 2018 durante el cambio de gobierno y desde entonces es consciente de la urgencia de reorganizar y depurar el contenido.

—¿Qué cambiaría del espacio? —le pregunto a Íñiguez Díaz.

—La distribución del lugar. Acomodar para tener espacio y recibir más documentación, nada más... no sé. Raquel, ¿usted qué cambiaría?

Alejandro se dirige a Raquel, su compañera de trabajo que ha estado de pie desde el inicio de la entrevista, a un costado del escritorio del jefe de archivo. A la espera de su turno para intervenir, Raquel inclina ligeramente su cabeza hasta rozar la cabellera corta y blanca con su hombro desnudo, luego deja salir un:

—El área de trabajo.

Hace una pausa con los labios todavía abiertos, pero no dice nada. Cuando parece que no dirá más, alarga:

—Que fuera especialmente para los que laboramos, porque estamos donde está la contaminación y eso es malo para la salud. Esto es archivo, no tenemos por qué estar donde están este montón de documentos.

La mujer trabaja en el primer piso de los dos que conforman la construcción. Para explicar el área profesional deseada, señala la segunda planta con su índice y dice que ese sería el espacio ideal para guardar la documentación y separarse de ella, pero su deseo resulta improbable,

ya que la segunda planta está ocupada por otras dependencias municipales ajenas al archivo.

Los trabajadores del archivo son cazadores de polvo, defensores del legado material; cada seis meses sacan del cartón los manuscritos para eliminar el conjunto de partículas diminutas y letales que forman la capa de suciedad. Al realizar esta tarea no cuentan con equipo de protección o protocolo de cuidado.

A Raquel, además de su salud, le preocupan los papeles, porque al igual que ella tampoco tienen el espacio adecuado.

—Deberían tener la temperatura ideal para la conservación de los papeles, hay mucha humedad. Aquella sala tiene ventiladores, pero debe haber aire acondicionado para regular la temperatura que ahorita no tenemos.

Alejandro ilustra las palabras de Raquel tomando un documento al que señala como portador de humedad, su movimiento produce el sonido de papel acartonado.

Afuera, las manos de los transeúntes hacen parada obligatoria sobre sus rostros para cubrirse del sol. La temperatura es de 27 a 30 grados centígrados, siete por encima del clima ideal para la conservación de documentaciones.

—Un aire acondicionado no es viable —dice Alejandro en respuesta a la petición de su colega—. Necesitamos un espacio cerrado y vamos a lo mismo, porque la estructura del edificio no es la idónea para hacer los cambios. Se trata de acondicionarlo lo más posible con los recursos que se tienen. El aire no es posible. Tampoco la digitalización de archivos —agrega el encargado con el mismo tono nervioso que tenía al inicio de la conversación—. La cifra que nos dan se va en salarios. Una máquina especial para escanear los documentos cuesta entre 40 mil y 50 mil pesos. Se están viendo las características del equipo especial, porque si se hace en un escáner normal se daña la documentación.

La cantidad destinada no es suficiente ni para cubrir el salario del primer año de los empleados. Faltan 79,727 pesos para que coincida con lo que afirma Guillermo. La suma del salario de los seis trabajadores en un año es de 757,314 pesos, mientras que el presupuesto anual asignado por la administración en el periodo 2018-2021 al archivo municipal es de 677,587 pesos.

A falta de dinero para cubrir las necesidades, la evidencia histórica de Autlán podría recurrir a la Ley General de Archivo, en la que se otorga el derecho a “la creación y administración de un Fondo de Apoyo Económico para los archivos locales, cuya finalidad será promover la capacitación, equipamiento y sistematización de los archivos”.

De no actuar a favor del lugar, la historia escrita seguirá cubierta de polvo, “sirviendo de lecho y alimento a los roedores y la polilla”.

Alejadas de las cajas de cartón hay otras interpretaciones materiales de la vida recorrida en Autlán. En el centro de la ciudad los portales, jardines y otros espacios públicos cuentan sucesos escondidos en la memoria colectiva. Enraizado en el mismo corazón del pueblo está el restaurante Nápoles, negocio con antigüedad y prestigio que guarda fragmentos de lo que fue.

A las 11 de la mañana de un viernes, dos mesas están ocupadas. Las voces de los escasos comensales se mezclan con pop del 2000 que envuelven la sala, ubicada frente al jardín Constitución.

El viaje en el tiempo que brinda el Nápoles comienza en su entrada, situada en el Portal Morelos número 14. Ya dentro, el primer objeto en mostrar el pasado es el aparador, un mueble habitado por botellas de licor que en su frente de cristal tiene grabado el año 1903 y el nombre “Abel Uribe” en letras grandes y blanco-grisáceas; lo inscrito indica la utilidad pasada del mobiliario, que pertenecía a la botica del mismo nombre.

El Prado, primer nombre del restaurante, abrió el 19 de julio de 1959, lo dice la portada de *La Voz de Autlán*, un periódico de bordes carcomidos y manchados de café que se consume debajo del vidrio sobre el mostrador. El dueño del Nápoles afirma que las fotografías viejas colgadas en los pilares del lugar son un poco de la historia de Autlán. “Casi nada”, dice, luego señala los rostros de los músicos que posan en blanco y negro; nombra a Elisa, José Santana y otros.

Más tarde el recuento de los años de Autlán traerá los nombres de Felipe Uribe y Ernesto Medina, ambos historiadores, para decir que ellos fueron los grandes registradores de la vida del pueblo.

Del Nápoles resaltan las sillas rosas, las comidas en familia y su permanencia al pasar el tiempo. El lugar se mantuvo pese a la transición de Autlán; su inmueble es una forma de reconstruir lo vivido, está como

atrapado en el tiempo, con su atmósfera noventera que convive con el siglo XXI del exterior.

La presencia de ayer en objetos materiales también está en peligro.

Guillermo Tovar insiste en que el archivo municipal no es el único con pruebas de lo remoto. No se refiere al Nápoles, pero dice que hay cada vez menos evidencia física: casas con arquitectura típica de la región intervenidas sin respetar el diseño original, además de los registros de la Parroquia El Divino Salvador, de 400 años de antigüedad, y archivos privados que atesoran información importante.

Guillermo ha buscado en los archivos, calles y espacios públicos. Entre los anaqueles y las cajas de cartón ha encontrado datos referentes a Orfeón Proa, un grupo coral autlense que tuvo una gira por la Ciudad de México en 1952. De la misma época data el reporte enviado por el presidente municipal de Autlán al gobernador del estado, Jesús González Gallo, en el que informa la concentración convocada por Efraín González Luna, candidato a presidente de la república por el Partido Acción Nacional (PAN) ese año. Guillermo admite que realizar una búsqueda en el archivo municipal es sencillo, basta con elegir el año para comenzar a rastrear los acontecimientos.

—Lo que puedes buscar son documentos de esa época, con suerte te encontrarás algo muy específico que te dé algún dato. Se trata de ir encontrando documentos relacionados y sobre eso formar tu propia historia.

Buscar es simple, pero no ideal para que la experiencia sea perfecta.

—El grado de seguridad no es el ideal, los archivos no cuentan con las condiciones ideales, ni la temperatura para preservación de archivos antiguos.

La función del archivo municipal es guardar evidencia que se va generando por la actividad del municipio: actas de ayuntamiento, permisos, comprobantes de pagos. En cada uno de los 125 municipios de Jalisco existe un archivo municipal. Para Guillermo Tovar se trata de una fuente importantísima para la historia que de perderse repercutiría a nivel regional.

Tovar anhela que las autoridades tomen en serio la historia y apuesten por su preservación. A ocho cuadras de donde está Guillermo, Raquel dirá que la población también debe interesarse en el cuidado del

espacio, valorar cada acta firmada y el trabajo de quienes, como ella, atesoran lo acontecido en Autlán.

Envolver carne con la historia de Autlán es irrepetible. La probabilidad de perder expedientes, dudosa.

—Ojalá que nunca se destruya información porque se crea inútil —finaliza el cronista sentado detrás de su escritorio, mientras afuera el tiempo no se detiene y se convierte en historia.

Miriam Díaz, mujer, madre y bombera

Hace calor en el centro histórico de Autlán de Navarro. La temperatura parece inmóvil, sin viento, sin variaciones en los grados Celsius que se cuelan hasta las instalaciones del Palacio Municipal, situado en el epicentro de la localidad. Como metáfora del clima, hay sentimientos encendidos en quienes ocupan un lugar en el recinto. La referencia al fuego es insistente este día de calor; se trata de la celebración 146 a los bomberos de México y la número 18 en Autlán.

El país de la guerra interminable celebra otro 22 de agosto, fecha en que Veracruz vio la formación del primer cuerpo de bomberos en el país mexicana. A diferencia de 1873, este homenaje se ubica a 1,090 kilómetros de su origen; ahora está en la comunidad que roza sus límites con el océano Pacífico, ubicación que le dio a Autlán el nombre de Puerta de la Costa en el oeste de México.

Cuando la temperatura alcance el punto cumbre pasadas las 12 del mediodía, el director de Protección Civil y Bomberos, Juan Ignacio Arroyo Verástegui, dirá en el acto: “Si quieres ser un bombero y apagar fuego, enciende primero uno: amor a la humanidad”. El mensaje es escuchado por más de 50 bomberos, entre ellos Miriam Guadalupe Díaz Benítez, la segunda bombera que se unió a la corporación desde su fundación municipal en enero de 2001.

Miriam está atenta. Cuando suene la siguiente orden, obedecerá.

Segundos atrás, el mandamiento puso la vida de la mujer a disposición de la patria; su lealtad quedó pactada con un saludo a la bandera mexicana ordenado por una voz de hombre. Mientras sostiene la mano como juramento, su cabello es tan fijo como la postura militar del cuerpo, los mechones largos y negros que en otro momento casi rozan su cintura, son atados bajo la nuca y adornados con un listón que

combina con el rojo uniforme de bombera que visten ella y otras seis mujeres, quienes repiten la imagen patriótica formada en una fila a dos columnas.

En torno a los pilares de cemento del Palacio Municipal, construidos en 1972, se alzan con la misma entereza los funcionarios públicos, militares, ciudadanos que a causa de la burocracia, y en contra de su voluntad, escuchan las adulaciones y aplausos característicos de eventos protocolarios en los que se esperan las palabras de reconocimiento y obligación, pero no una mención a la precariedad de ser apagafuegos en México; por eso las palabras mencionadas por otro bombero toman por sorpresa a los espectadores.

—El oficio de bombero es bien visto ante la sociedad, mas no es bien remunerado económicamente, pues gran parte del tiempo invertimos dinero y tiempo de calidad que quitamos a nuestras familias — es la voz vibrante de Aldo Vargas, comandante de los homenajeados, acompañada por los tambores y las trompetas militares.

Aunque Aldo ha callado, el cuero de los tambores continúa golpeado por las baquetas de madera; las trompetas de la banda de guerra se encienden. Luego de los movimientos musicales, hay pasos que rompen fila sin importar la ceremonia: son los bomberos que dejan su homenaje y van al llamado de las sirenas para atender el socorro anónimo. Ser bombero es así, un constante rompimiento de filas con los ojos cerrados hacia su destino.

—Siempre somos bomberos, independientemente de nuestro estado de ánimo, de nuestra situación económica, que si nos pagan o no nos pagan. A veces nos perdemos los cumpleaños de los hijos y navidades —declara Miriam días después de recibir un reconocimiento por su destacada labor en la comunidad.

Las frases de Miriam, pronunciadas a dos días de distancia del evento, son equivalentes a lo dicho por el comandante Vargas.

—Yo pienso, en general, que las necesidades de los bomberos nunca se van a acabar, pero como mujer hay dos cosas que no son visibles: una es el género y otra es la maternidad. Ambas son trabajo de 24 horas. No dejas de ser madre, no dejas de ser bombera. Como madres no tenemos servicios médicos ni guardería, y como bomberas no tenemos

equipo de trabajo adecuado —lamenta Miriam, sentada afuera de su casa y sin el uniforme rojo.

Ser mujer bombera entre hombres

La primera mujer en este oficio fue Enriqueta Reyes. Durante la década de los cincuenta, Enriqueta, de origen cubano, se colocó por primera vez el casco diseñado para varones: su acto fue precedente en toda América Latina.

Desde la inmersión de la cubana se vino en cascada la incorporación de más mujeres en los cuerpos de bomberos del continente, hasta que Miriam replicó la historia y decidió encausarse en ese trabajo, como muchas otras lo siguen haciendo.

Cada una tiene su historia marcada por el antes y después de ser bombera. En particular, Miriam decidió atender siniestros el día en que la negligencia le quitó la vida a un amigo y ella no supo qué hacer. Sin el conocimiento para actuar y con la impotencia en el pecho, se hizo una promesa: salvar vidas.

Cuando inició, tenía puesta ropa de hombre, tal como lo sigue haciendo; los pantalones holgados, la chaqueta de hombros anchos, las botas de número grande y las camisas de talla extra que confecciona sin problema. “Las agarramos para ceñir la figura”, cuenta. Miriam sabe que entró hace 13 años a un lugar en donde predomina la presencia masculina y las necesidades de las mujeres no suelen ser tema de conversación, aunque cada día sean más las compañeras en el campo de acción.

Visto por los ojos y experiencia de Miriam, algo que debería reconocerse y adaptarse en los roles laborales es la unión de la maternidad con el trabajo. La crianza de hijos es asignada a la madre casi en automático, correspondencia no reflejada en la base de bomberos.

—Soy mamá y no tengo guardería. Tengo una compañera embarazada y está bien, pero quién le cuidará a su bebé. Para mí es una de las necesidades como mujer que nos están haciendo falta porque yo ya lo viví.

Ya dentro de la institución pensada para hombres, continúan los retos: admitir el machismo enmascarado de cortesía. Con frecuencia las manos de los varones marcan el límite de las mujeres con el brazo que

se extiende y dice: “Ustedes hasta aquí porque es peligroso”. No faltan palabras para saber que a Miriam y a sus compañeras suelen percibir las como débiles.

Con desigualdades marcadas, la bombera acepta que las carencias no son exclusivas de las mujeres dentro de Protección Civil; hay insuficiencias que afectan a todos, principalmente cuando se trata de actualizar al personal y las pagas.

—El que quiere actualizarse lo paga de su bolsillo. Yo pago la actualización o pago la renta de mi casa.

Los salarios sí son precarios, incluso para los trabajadores de mayor rango. La injusticia salarial pasa por todos los niveles, de directivos a bomberos. En 2019 los salarios por ser apaga-fuegos en el municipio iban de 2,812 a 4,687 pesos quincenales.

Las monedas son exactas para los bomberos en Autlán, pero no seguras; 51 días previos al Día Nacional del Bombero trabajaban bajo protesta pública por la falta de pago a 30 elementos. Después hubo negociaciones, los responsables se comprometieron a pagar cada centavo, la retribución fue lenta y, mientras ocurría, los bomberos no dejaron de atender a los ciudadanos.

Apagar fuegos en casa

Dijo que hoy no tiene guardia, que podemos vernos en su casa. Miriam da las indicaciones vía telefónica para encontrar el domicilio; al llegar recibe con una sonrisa que de inmediato hace sentir confianza.

—Te dije que era más fácil por esta calle. Vente. Pásate. No está mi hija, ella es mi sobrina —dice.

La conversación transcurre afuera del domicilio, el interior es muy oscuro para grabar el video de más de 20 minutos en que cuenta su historia como profesional de los desastres. Antes de comenzar comenta que este es su barrio, del que nunca debió irse y al que ya volvió porque es su hogar, pues para ella el hogar y la familia son invaluable.

Comienza la grabación afuera de su casa. La sonrisa fácil y las mejillas morenas de Miriam hablan con insistencia del amor y el gusto por servir. “A la mejor no soy la mejor bombera, pero lo poquito que yo

haga será lo mejor; si me toca barrer el patio será el patio mejor barrido porque me gusta lo que hago”.

Su diálogo fluye, Miriam tiene el don de la palabra. Su hablar, como su trabajo, no conocen límites, lo dejó claro cuando la vi por primera vez: pregunté su nombre y me contó que durante su embarazo nunca dejó de trabajar y después del parto su hija la acompañaba a todas horas. “Soy la mamá de Luna, así me conocen en la base, así preguntan por mí”.

A Miriam la nombran de ese modo por ser madre de una niña de 12 años que antes de nacer ya vivía entre ambulancias y sirenas, porque su mamá no puede estar lejos de su labor. “Entre mi trabajo y mi familia, no sabría a quién elegir”. Sus acciones indican que elige ambos. En el transcurso de esta charla la mujer de 39 años se coordina con su padre, quien aparece de pronto a mitad de la calle montado en una bicicleta. Ella lo saluda y le pide que lleve a su sobrina, una niña menor a 10 años, a las clases de ballet. Miriam promete alcanzarlos enseguida.

En este instante actúa como miembro de una familia. Cubierto su cuerpo con un vestido a rayas, Miriam es tía, hija, hermana y madre, pero también es bombera, aunque su calzado diga lo contrario, ya que calza huaraches.

El atuendo deja de importar cuando ser bombera es tener el traje adherido a sí misma, como un estilo de vida: el casco espera en la base, el uniforme está en la canasta de ropa sucia, pero el instinto sigue vestido para auxiliar.

Portar el uniforme por debajo de la piel tiene su propio peso, dejar la casa y la vida personal de forma inesperada. La mamá de Luna desarrolló habilidades para encontrar el equilibrio, comprendió que las satisfacciones implican mayor esfuerzo.

Heroína anónima

Las situaciones controladas por el trabajo de Miriam no son suficientes para lograr que ascienda de puesto. Los intereses políticos están latentes en la Coordinación Municipal de Protección Civil y Bomberos de Autlán de Navarro, por lo cual fue retirada de su cargo en más de una ocasión sin permitirle generar antigüedad que elevara su puesto. La pri-

mera vez que se encontró en esta situación, afirma que fue destituida del puesto por tener una relación estrecha con el entonces encargado de la coordinación, despido que la dejó sin trabajo.

La sonrisa de Miriam es firme, como su saludo al símbolo patrio, cuando dice que quiere ser inspiración para otros miembros de su familia; conoce casos en que papá, hijo y nieto son bomberos. Ella es la primera mujer bombera en casa y la segunda en la base municipal, pero sabe de historias en las que se contagia la pasión, como si transmitir el amor por su trabajo fuese requisito único para ejercer el oficio de héroe. La realidad a veces le da el gusto de que la pasión baste, a veces el entusiasmo es suficiente para que Miriam Díaz, mujer, madre y bombera, salga a proteger vidas.

El camino a la fe, peregrinaje guadalupano en Autlán

El camino

Cuando la luz se oculta tras la montaña, la fe asciende hasta ella para llevar las plegarias a la punta que acerca el valle con el cielo y desemboca en la metáfora del camino al paraíso. Los peregrinos suben la gradería formada en las calles transitadas hasta el cerro, donde su esperanza en la iglesia católica y su amor a la patria reposan en el mismo lugar para presenciar el culto a lo divino.

El destino de los fieles está siempre a la vista. No importa en que extensión de Autlán de Navarro se posen las piernas y ojos de curiosos y despistados, basta con elevar la mirada al noroeste para verle. Construida en la punta de El Cerrito se encuentra la capilla de la Virgen de Guadalupe, construida en el siglo XIX, remodelada en 1996 y donde se le venera cada noche del 11 de diciembre, fecha en que da la bienvenida a más de 200 visitantes y 2019 no es el año de las excepciones. A las 21:19 horas de ese día y ese año los feligreses descansan frente a la imagen religiosa más importante de México.

Antes de llegar al altar, quienes entregan su destino a “La Morenita” caminan de forma simultánea con los peregrinos de otras partes de México; no se ven, pero a la distancia se unen para interpretar la andanza que Juan Diego hizo en 1531. La tradición cristiana cuenta que Juan Diego, de raíces indígenas, fue elegido por la Virgen de Guadalupe para demostrar su existencia, por eso se le apareció una mañana del 12 de diciembre en el cerro del Tepeyac. Desde entonces, los creyentes representan aquella andanza.

Las piernas duelen y los rostros sudan durante la subida a la montaña con peldaños de cemento, que acercados a la cima se desvanecen y dan lugar a una ruta silvestre más antigua que aquel símbolo de devoción. La tierra que de día es marrón se oscurece por la noche y se desmorona cuesta abajo cuando se da mal un paso; fragmentos de tierra ruedan hasta el pie del cerro, en donde callejones estrechos construidos por casas de colores son habitados por los vecinos que vigilan la travesía de los caminantes trasnochados.

Los callejones, por su parte, almacenan las sombras de los listones tendidos en lo alto de sus techos. Tiras de colores verde, blanco y rojo se agitan con un viento que parece forastero en una ciudad donde los días cálidos abundan. Los colores suspendidos en el aire, propios de la bandera mexicana, se repiten en el lugar de la celebración, a veces materializados en luces o telas. Sin importar en qué objeto se encuentren, su función es la misma: recordar que los mexicanos son hijos de la misma madre, la que se llama Guadalupe, Lupita, la reina de México.

El pecho reduce su agitación cuando los peregrinos llegan a la recta final; lo que solía ser camino escabroso tiene piso firme y recto, quedan pocos pasos para llegar al corazón del homenaje. La ciudad se convierte en una plancha oscura con puntos brillantes que impiden a la noche poseer las calles allá abajo. Arriba, sobre la ciudad, predomina el sonido; los rezos y la música en vivo no dan lugar al silencio. La vida autlense está aquí, el resto se ha tomado un descanso.

Las velas

Dos mujeres frente al fuego murmuran entre sí antes de encender la vela. Cuando la llama se prende, la mujer de pies descalzos vuelve a intercambiar palabras con su compañera antes de dejar el sitio que simboliza, con cada cirio, la luz interior de los creyentes.

Dentro de la capilla de piedra, bancas de metal que en otro momento estarían vacías custodian la pausa de los creyentes que velan a su protectora. Hay rostros por todas partes, hombres y mujeres que ocupan un lugar en la celebración; paramédicos, vendedores ambulantes, danzantes, músicos. Entre ellos, una mujer cuyo rostro de niña revela tener menos de 20 años. Tiene el cabello largo y negro atado en una coleta, su

cuerpo reposa en una de las bancas junto a otras cuatro personas que parecen ser su familia; con ella, una nena que se aferra a lograr su independencia con pasos que apenas la sostienen de pie. Debe tener apenas un año. Es su hija, lo afirmó cuando se lo preguntaron.

Su visita frente a la imagen será corta. Antes de las 23:00 horas el lugar que ocupa quedará vacío. Previo a su partida, toma una veladora apagada y la frota sobre el cuerpo de su hija mientras sus labios hablan sin dejar oír lo que dicen, como mudos. La oración, la súplica, el deseo es suyo, nadie la ha escuchado. La niña no se resiste a lo que su madre hace; ríe y se balancea mientras su progenitora la toma de la mano para evitar la caída.

Su ausencia es imperceptible. El recinto es ocupado al final de la noche por 1,500 personas, según el reporte entregado por Protección Civil la mañana del 12 de diciembre. Antes de entregado el informe, aún es de noche y los cerros figuran sombras gigantescas que permiten distinguir el negro de su silueta sobre el azul del cielo.

Cuando den las 23:05 horas, “La Guadalupeana”, el himno de esta celebración, habrá sonado por segunda vez y los bailarines, casi todos niños, aparecerán minutos más tarde frente al altar dispuestos a desaparecer el frío y las horas a cada paso. Sus sonajas producen el sonido que los guiará hasta la medianoche, cuando la banda de música sinaloense comience a tocar la melodía que le da razón al encuentro: “Las mañanitas”.

Nuestra madre

El deseo de asimilar los días con la Virgen de Guadalupe como guía tiene antecedentes previos a 1531. Con el nombre de Tonantzin, la misma imagen socorría a los habitantes de un México precolombino que la llamaban “nuestra madre” y era progenitora de todos los dioses.

Las evidencias del sincretismo son descritas por el historiador Miguel León-Portilla en las páginas de *Tonantzin Guadalupe: pensamiento náhuatl y mensaje cristiano* “*Nican Mopohua*”, en el que escribió: “Ella, Tonantzin, había sido adorada precisamente en el Tepeyac, adonde desde mediados del siglo XVI muchos seguían yendo en busca de la que comenzó a llamarse Nuestra Señora de Guadalupe”.

Convertida en Guadalupe, Tonantzin continuó en las entrañas del mexicano, acompañándolo en los encuentros determinantes para su historia, o al menos eso relatan las versiones oficiales. La reconstrucción de la guerra de independencia hace hincapié en la presencia de la imagen divina en el estandarte que acompañó el inicio de la lucha para liberar al país de la esclavitud española.

Su presencia acompaña al mexicano tiempo después, cuando todo se complica. León-Portilla señala en el mismo texto que sin importar el origen de la deidad, es su permanencia en los hogares mexicanos la que da pulso a la supervivencia de muchos.

“Más allá de la demostración o rechazo de sus apariciones, ha sido México tal vez el más poderoso polo de atracción y fuente de inspiración e identidad. Será suficiente recordar en apoyo de esto lo que significó ella en los momentos de pestes, hambrunas y de afán de encontrarse a sí mismo en los tres siglos del México novohispano”, escribe el historiador.

Los autlenses quieren su bendición, que los siga escoltando a cada paso que dan. Avanzan las horas, se hace de madrugada en El Cerrito y la muchedumbre no desciende, en realidad aumenta. La celebración se prolongará aquí y en todo el país hasta que sea 13 de diciembre, como todos los años. El altar más discreto y el más ostentoso continúan alumbrados por la fe de los creyentes, los que danzan en templos, calles y casas para nombrarse a sí mismos guadalupanos.

¿Quién es Atanasio Monroy y por qué no está en Wikipedia?

Atanasio Monroy no está en Wikipedia. A diferencia de Siqueiros, Orozco y Rivera, su nombre no aparece en la enciclopedia digital más popular del mundo cuando se le busca en la web. Los cuatro hombres fueron muralistas mexicanos, pero solo tres de ellos se hallan en el portal.

A diferencia de los tres grandes, los trazos de Monroy no se consolidaron en la esfera nacional; los suyos se propagaron a sitios menos visitados, a nichos locales que albergan la nostalgia por llevar al mundo el talento de “el último académico”, ese que en vida no se interesó por la popularidad de su nombre y la trascendencia de su obra.

La fama de Monroy es igual de frágil aquí, en las calles que lo vieron crecer durante su infancia. Originario de Ejutla, Jalisco, llegó al barrio de Las Montañas en Autlán de Navarro durante 1909, lugar que abandonó alrededor de los 16 años para ir en busca de sus sueños como pintor a la Ciudad de México y posteriormente a Europa.

Ciento diez años más tarde de su llegada al barrio más antiguo de Autlán, la multitud camina por un jardín que lleva su nombre, pero es llamado de otro modo que no pertenece a su legado familiar. Su apellido es silenciado de inicio a fin cuando los transeúntes llaman Las Montañas al parque que desde 1993 lleva el nombre de J. Atanasio Monroy, por su “fecunda labor en beneficio del arte vernáculo en México”, según la placa situada en uno de los espacios del jardín.

El lugar que no lo nombra se caracteriza por una iglesia amarilla, la misma que sirvió de modelo para que Monroy retratará un Autlán rural y cotidiano. Frente a la construcción, y atravesando el parque en línea recta, hay una cabina de teléfono que anuncia la llamada en busca de taxis disponibles. A su alrededor las personas no hablan del nombre

del parque; no hay manera de confirmar que se conoce al lugar como Jardín J. Atanasio Monroy, así que continúa llamándose Las Montañas.

El anonimato fue parte del pintor. Su poca difusión lo llevó al olvido de las masas y al estudio riguroso de los pocos aficionados de su obra, quienes aseguran que le faltó una persona dedicada a difundir y vender su obra. A Atanasio Monroy le faltó un publicista, dicen.

El autor de tres murales y 3 mil piezas de caballete era un hombre recio de palabras e ideales. La imitación que otros hacen de su voz muestra que ésta también lo era: dura, grave, firme. Los ideales rígidos y el pulso preciso no es novedad entre los que convivieron con don Atanasio. Ambos atributos son frecuentes en la remembranza del pintor.

Pintando recuerdos

—Había cosas que él no podía aceptar de lo que ocurría en nuestro país. Era crítico, un analítico de las cosas que ocurrían.

Sin los labios rojos que Griselda Álvarez luce en este momento, un retrato suyo adorna la pared en su sala. Del lado derecho, el cuadro lleva la firma de Monroy.

En su casa, Griselda resguarda cuatro pinturas, pero su memoria tiene más, tal vez el doble, triple, un número incierto de cuadros que vio nacer de la mano del pintor. Antes de verlo crear y de tener su obra en casa, ya reconocía los trazos del hombre que aseguraba que nació para pintar.

—Yo conocí a don Atanasio Monroy cuando era una niña, cuando estudiaba en el Centro Escolar Chapultepec. ¿Por qué lo conocí?, a través de sus murales —suelta apenas comenzada la charla.

Griselda aprendió a identificar el trabajo de Monroy cuando sus ojos de infante se clavaban en los rostros de los indígenas, conquistadores españoles, luchadores de la Independencia e involucrados en la Revolución Industrial que aparecen en el mural *La Mexicanidad*, firmado “J. A. Monroy pintó 1945”, una obra de cinco paneles que sirve de vestíbulo al Centro Escolar Chapultepec de Autlán, sobre el que la mujer de cabellos inmóviles posaba la mirada a los diez años de edad.

En 1970, con el título de maestra, Griselda Álvarez volvió a la antesa del centro escolar para asumir el cargo de directora y estrechar la

mano del autor del mural anhelado durante su infancia. Para ese año, Monroy ya había dejado su tierra natal al menos 43 años atrás, pero estaba de regreso para restaurar la pintura al fresco.

Con la voz atraída por el recuerdo y el cuerpo contraído a causa de la grabadora, ella declara que le “ilusionaba mucho tener el gusto de conocerlo, de ofrecerle un vaso con agua. Era un hombre tan, pero tan modesto, tan sencillo... la verdad poco a poco fuimos creando ese diálogo y esa amistad”, confiesa ya sumergida en la memoria.

Desde aquel encuentro frente al mural pintado por encargo del general Marcelino García Barragán, la maestra y don Atanasio, como se llamaban el uno al otro, se convirtieron en grandes amigos; él con su personalidad recia y modesta, ella con la certeza de que aquel hombre era un erudito de las artes y un genio de la pintura.

El carácter austero del autor de tres murales era tal que el solo hecho de nombrar su talento representaba una ofensa. En su vida no había lugar para los halagos, nunca los aceptó, se justificaba diciendo que pintar era la razón de su existencia y nada más. Cuando le preguntaban por qué pintaba, decía sin reparos: “Nací para pintar”. Cuando cuestionaron cuántas horas pasaba frente al cuadro, acusó a la pregunta de mal formulada y corrigió: “Cuántas horas no pinto”.

A Monroy se le busca en internet y aparecen solo unas cuantas fotos; en ellas, un rostro viejo de cara delgada, nariz ancha y pelo grisáceo. Las imágenes relacionadas con él y sus pinturas poco muestran del hombre que no aparece en Wikipedia, pero que fue mejor muralista, aunque con menor obra, que los tres grandes. Al menos así piensa Gabriel Lima, quien, como Griselda, fue amigo del pintor.

Cubiertas de cuadros, las paredes no tienen lugar para la desnudez en la casa de Gabriel. Conmovido por la obra del autlense, Gabriel decidió replicar los paisajes más icónicos de la obra de Atanasio por miedo a que se robaran los originales ubicados en el Museo Regional de las Artes en Autlán de Navarro.

Acompañadas de un Atanasio original, las réplicas prueban la admiración que en su juventud cultivó desde antes de ver al pintor dando vida al mural en el Centro Escolar Chapultepec cuando era un niño, el mismo que años más tarde sería devoción de Griselda.

Las fechas están borrosas para el extrabajador de la Comisión Federal de Electricidad. Sentado en su sala admite que, entrada la adolescencia, la admiración por quien años más tarde sería su amigo superó la timidez cuando decidió escribirle una carta en la que se declaró apasionado de su obra.

—Debo haber tenido unos 17 años. Cuando lo vi pintar tenía 13 años. Como un año después de que le escribí, lo conocí... no, miento. Le escribí en 1955, 1956, ya un año después lo conocí, en el 57, personalmente, cuando regresó de uno de sus viajes a Europa.

El anhelo de Lima era ser alumno del pintor, pero su deseo nunca se cumplió; Atanasio decía ser maestro de nadie. El artista autodidacta recuerda que por aquellos años él y su ídolo vivían en la Ciudad de México, nido de múltiples galerías que recorrieron en compañía para admirar el arte pictórico de aquel momento. Gabriel se convirtió en un ambicioso seguidor de la disciplina y Atanasio en un asombrado amigo por el conocimiento del joven.

El tiempo en las salas de exhibición y los viajes a través de la lectura dieron frutos en Gabriel, que con mayor frecuencia se relacionaba con otros pintores, como Demetrio Jordan, quien nunca había escuchado hablar de Atanasio Monroy, el adicto al anonimato y los bajos cobros por sus pinturas.

—Al que compra el cuadro le gusta decir que compró una obra cara para darse “chaquira” y al pintor también le gusta que digan que costó mucho, son valores entendidos; además, yo soy rico —imita Gabriel a Atanasio para reconstruir las palabras del paisajista.

La confianza entre ambos se acrecentó, aunque Atanasio nunca le permitió tutearse y le dejó en claro que por ser menor a él debía colocar el “don” antes de pronunciar su nombre. Con la pintura como vínculo, Gabriel Lima decidió que sería oportuno hablar sobre la obra de su ídolo y, sin consideración, pronunció las palabras que cambiarían su amistad:

—Yo expresé de algunas pinturas que estaban muy sobadas —Gabriel mueve su mano mientras sostiene un pincel invisible para imitar la forma en que Atanasio pasaba una y otra vez la brocha sobre la pintura—. Se sintió ofendido, aludido, y en una ocasión en un museo me

dijo: mira esos cuadros sobados, tienen ya como 200 años de pintados y parece que los pintaron ayer.

Monroy siempre tenía una respuesta a sus críticos. En 1940 se publicó un catálogo de pintores jaliscienses de 1882 a 1940, dirigido por el promotor cultural Ixca Farías. Dentro de su contenido, se habla de la obra de Monroy como “una técnica que abusa de los tonos amarillos”. Tras los señalamientos, Monroy contesta que ese tono amarillento fue usado por algunos autores clásicos del Renacimiento, a lo que la crítica refuta que ese tono se lo da el tiempo y no los autores en su momento. Le piden que abandone esa costumbre y pinte lo que ve y no lo que quisiera ver en los cuadros.

De su modo de pintar se criticó la técnica. Hasta ahora, nadie había enunciado las emociones plasmadas. Hoy que Monroy es un recuerdo, los “rostros insípidos” que pintó se asocian con la tristeza y el resentimiento que él sentía, declara Gabriel Lima a 74 años de distancia. Dice que las caras son casi fúnebres, pero no sabe descifrar por qué habría de estar triste y resentido, porque Atanasio, aunque ávido de la palabra, limitaba sus oraciones cuando se trataba de su vida personal. La seriedad otorgada a su obra de caballete y dos de sus murales hacen creer que había desconsuelo en su interior.

Cuando don Atanasio estuvo dispuesto a plasmar abiertamente sus sentimientos, los que compartía con sus allegados al hablar de política y religión, fueron rechazados. La primera vez fue en 1945, cuando comenzó el mural *La historia del siglo XX* en las paredes de la antigua escuela vocacional, hoy Centro Universitario de Ciencias Exactas e Ingenierías, ubicado en Guadalajara. A través de sus personajes, considerados liberales para la época, describió la decadencia del país; esa alusión casi le cuesta su integridad personal al recibir señalamiento y ataques de los grupos conservadores en la capital del estado.

Al igual que su primer mural, el de la escuela vocacional lo gestionó García Barragán durante su periodo como gobernador de Jalisco. En el mismo año, Barragán enfrentó una serie de problemas políticos que lo hicieron abandonar su cargo, acción que repercutió en la obra de Monroy y lo dejó sin apoyo económico, lo que, sumado a la presión de grupos conservadores, lo forzaron a dejar la obra inconclusa durante 27

años. A ese mural volvió en 1973, hasta terminarlo e inaugurarlo el día 26 de noviembre del mismo año.

El segundo ataque a sus ideales a través de la pintura ocurrió después de 1977, cuando su viejo amigo, Gabriel Lima, era presidente municipal de Autlán de Navarro. De acuerdo con Guillermo Tovar, cronista del municipio, Monroy no cobraría por el trabajo a realizar en las paredes del Palacio Municipal, su única petición fue que se cubrieran los gastos por la pintura y los materiales para montar su andamio, solicitud aprobada temporalmente por el Ayuntamiento.

—El cabildo de Autlán estuvo de acuerdo con el costo que representaría, se aprobó el proyecto pero se echaron para atrás cuando vieron el boceto de lo que pintaría don Atanasio. Era muy polémico, una crítica a la política mexicana y al cacicazgo del general Marcelino Barragán, quien estaba vigente todavía. Era grotesco.

Gabriel Lima asegura que Atanasio nunca le perdonó la crítica que hizo a su trabajo, pero afirma que en su lecho de muerte Monroy lo quería cerca. En 2011, Lima publicó el libro *Nació para pintar*, en donde habla de la vida personal y artística de José Atanasio Monroy.

Últimos toques

Su desinterés por la fama fue parte suya hasta el último respiro. Atanasio Monroy volvió a Autlán de Navarro a los 83 años, cuando la mitad de su cuerpo estaba paralizada y su desplazamiento era impulsado por una silla de ruedas. Con la convicción de cumplir su propósito de vida, Monroy aprendió a pintar con la mano izquierda, de la que emergieron nuevos paisajes y retratos. Atanasio se fue con aspiraciones y regresó con la experiencia de 65 años lejos de las montañas y calles que fueron sus primeras musas. Volvió con el recuerdo de haber vivido de la venta callejera de retratos en Europa, Estados Unidos y México, de haber pintado dos murales en Guadalajara y uno en su tierra natal.

Finalmente regresó a una que ya no era su casa, sino la casa de su amigo Carlos Mardueño, quien le dio un lugar para vivir su vejez. Regresó con su esposa, que es la pintura, la única compañera a la que aceptó darle su tiempo. Regresó para morir entre halagos y homenajes que nunca pidió, pero que lo despidieron de la vida.

El primer reconocimiento lo tuvo en 1993 en el jardín que fuera su barrio durante la niñez, el jardín que hoy no pronuncia su nombre; para 1994, se conmemoraron los 50 años del mural pintado en el Centro Escolar Chapultepec. El tercer homenaje llegó en 1995, cuando llamaron con su nombre una sala de exhibición de la Universidad de Guadalajara.

Aunque Atanasio no tuvo hijos, su legado se reprodujo en distintos espacios de Autlán, como en 1996, cuando una calle del fraccionamiento Valle La Grana adoptó su nombre. En 1999 la Universidad de Guadalajara creó el Premio de Pintura José Atanasio Monroy, hoy bienal de pintura. En el 2000 no hay apariciones del pintor, sino hasta febrero de 2001, cuando se anuncia su muerte a los 92 años de edad.

Atanasio Monroy no está en Wikipedia, pero su firma aparece en más de 3 mil obras que demuestran su ideal de haber nacido para pintar.

Antes de llegar a 2020, Año Nuevo en el Asilo Las Montañas

El año llega prematuro a estos pasillos. El 2020 se anuncia al menos cuatro horas antes de la medianoche y los deseos del nuevo año ya fueron pronunciados en este comedor, el del Albergue para Ancianos Las Montañas.

A partir de las 22:00 horas del 31 de diciembre de 2019, las calles estarán vacías de personas y serán habitadas por el eco de los disparos y la música, cuyas vibraciones arremeten contra los hogares de quienes esperan el 2020 en familia.

Autlán vive dos recibimientos de Año Nuevo: a la medianoche en la intimidad de las casas y en el asilo, a las 18:00 horas.

Un cancel negro da la bienvenida a la vivienda de quince adultos mayores; ellos, al igual que el año viejo, se desprenden del pasado para iniciar un nuevo ciclo, dice Karla Marisela Ramírez Preciado, trabajadora en el albergue desde hace tres años, quien asegura que ser adulto mayor es volver a ser niño, “pero como niños grandes”, puntualiza.

Parece que el tiempo se detiene aquí, se toma un respiro para reflexionar sobre las horas ya vividas por los inquilinos del asilo, recuerdos cada vez más borrosos. Algunos ancianos han tomado consciencia de que, como el año, todo termina. Una mujer de ojos camuflados por su atuendo azul con gris permanece en su silla de ruedas y dice que todo se acaba, las palabras suenan como lo harán más tarde los disparos en la calle: directas, secas. “Todo se acaba, yo también fui joven, pero todo se acaba”.

El pasado se hospeda en el pensamiento, pero se ignora el presente. Flor, Florecita, desconoce que hoy se termina 2019; la percepción de los días dejó de tener firmeza en ella y en otros compañeros de casa. A ella le gusta hablar de su madre, de su hermana y repasar sus años de

novia en que no la llevaron al altar, lo único que le interesa es aquello que no fue.

Su desprendimiento del orden de los sucesos no obedece a la apariencia del lugar en el que viven; el patio central y las paredes del asilo son acordes al calendario, se visten de temporada con piñatas y listones alusivos a las fiestas decembrinas, las que Karla Ramírez, desde la mesa del comedor, condena de ser “mucha fiesta, gastar en regalos”, y acusa de ignorar que “hay personas que necesitan un abrazo, un beso, una frase de cariño”.

Del otro lado de la mesa, la madre Paz Angélica Santana Figueroa, directora del asilo, dice que Karla es querida por los ancianos porque “se acostumbraron a ella y es muy buena”. La señalada responde con una sonrisa y justifica que en cada uno de ellos se descubre a sí misma, reflejando su futuro y la forma en que le gustaría vivir su vejez; además, recuerda a sus padres, que ya son adultos mayores y a quienes se niega a llevar a un asilo.

—Se me hace muy feo que no los quieran tener. Yo digo: “Ay, yo no traería a mis papás. Meterlos a un asilo no, prefiero cuidarlos”. Porque, así como ellos nos cuidaron y protegieron, nos toca a nosotros como hijos —cuenta.

Llegada la cena de fin de año, los pasos veloces no existen, su desplazamiento es sometido a la lentitud de las piernas empeñadas en seguir andando. A diferencia de la celebración fuera del recinto, reconocer los años es la resistencia de cada día: “Hay quienes no aceptan que necesitan ayuda, no aceptan su realidad”, confiesa la trabajadora del asilo, luego de señalar a una anciana que se niega a colocar un barandal en su cama para evitar las caídas nocturnas que ha vivido en más de una ocasión.

Cuando alguno de los siete trabajadores recuerda a los habitantes de Las Montañas que es diciembre, el ánimo en los huéspedes cambia, su actitud de infantes retorna para hacer la lista de regalos.

Con una sonrisa cada vez más grande, Karla narra que este año una de las veteranas pidió un sostén que le ayudara a mantener su cuerpo en forma; asombrada, aceptó enviar la solicitud, convirtiéndose en cómplice de los deseos de belleza y vanidad que permanecen en las mujeres a las que Karla llama mamá o abuelita.

En esta temporada, como el resto del año, el albergue para ancianos recibe donativos de instituciones, benefactores del extranjero y personas que sostienen a la asociación, demostrando así que “Autlán sí quiere al asilo”, según dice la madre Paz, ya rodeada de los internos que tranquilos comen tamales.

Para la mayoría de las personas la despedida al Año Viejo se concentra en el desprendimiento de lo que ya fue, excitados por el descubrimiento de lo desconocido que augura una mejor existencia según las aspiraciones de cada persona. Aquí, en Las Montañas, el Año Nuevo se recibe con nostalgia del pasado, mientras los abuelos abandonan el comedor antes de las 21:00 horas.

—Feliz año y bendiciones a su santa familia —recita una anciana, la única que ha mencionado la celebración, antes de cerrar la puerta de su habitación por última vez en 2019.

Adoptar su nombre y la lucha

El primer recuerdo que tengo al escuchar el nombre de Fátima rememora mi vida a los 4 años de edad, pero no dudo que el nombre haya aparecido mucho antes de lo que soy capaz de recordar o de lo que mis registros me permiten comprobar. Por asociación directa, Fátima es mi madrina, la primera y la única que tengo, con la que experimenté el privilegio de ser una niña libre, sana, feliz y al mismo tiempo cómplice del amor que otras mujeres son capaces de darme.

Aunque el nombre de Fátima no es frecuente en mi vida, sin esforzarme recuerdo a tres: la Fátima de la que ya hablé; Fátima, la hermana de Filo —ambas amigas de mi madre— y Fátima, una niña menor de 10 años que conocí en Autlán cuando yo tenía la misma edad. Los siguientes trece años su nombre se ausentó, no hubo forma de que un nuevo rostro se asociara a la palabra.

La ausencia terminó el 15 de febrero de 2020, cuando Fátima reapareció para marcar mi existencia como ningún otro nombre lo había hecho; con 7 años, Fátima se postró frente a mí con la muerte como carta de presentación y la sentencia de que no se irá pronto, porque la violencia con que fue asesinada se filtró a los nombres y los cuerpos de todas las mujeres que reconozco, incluyendo el que me pertenece. Su apropiación de cuerpos simboliza la posibilidad de convertirnos en una papeleta en las calles, en una Alerta Amber que se comparte miles de veces en Facebook, en los ruegos de una familia aferrándose a la idea de que a ellos no podemos faltarles.

Pasado el mediodía del 15 de febrero, la justicia para Fátima comenzó a exigirse en las redes, la sensación de ser asesinada se repitió, pero ¿qué significa ser Fátima? El significado auténtico, la etimología del nombre, dice que se trata de una mujer “única”, pero México es un país de distorsiones en donde hasta la justicia perdió su significado. Por eso ser Fátima pasó de ser incomparable a ser cualquier mujer y la posibilidad de transformarse en una cifra que evidencia la falta de sensibilidad a la vida humana.

En México la única certeza que existe es la de morir víctima de la violencia. No sé cuándo, cómo o por qué, pero es probable que suceda, no hay zona segura en este país en donde los que no tienen miedo a morir tienen el deseo de matar.

El impulso de lo inhumano susurra palabras dóciles y efectivas al asesino que no sabe quién lo parió: la familia construida a partir de gritos y golpes, la falta de políticas públicas que le impidan seguir su instinto animal, la escasez de servidores públicos que aseguren la condena, la crisis social de apatía, el cobijo de la irrealidad como escape o la agonía de sentirse marginado porque le dijeron que estaba loco y que más loco estaría si buscaba ayuda en los profesionales para comprender lo que sentía.

La presencia de Fátima en nuestro portal de Facebook no debería ser un acontecimiento lejano, su muerte debe sentirse pese a la distancia que separa el desconsuelo de su madre, que vive en Ciudad de México, de quienes leemos la noticia detrás del monitor en cualquier punto del país. Su muerte debe obligar a las autoridades de todos los niveles y todas las latitudes a actuar para garantizar la plenitud de quienes estamos en el lugar que gobiernan, no deben esperar a que Fátima aparezca en otras consumidas por la rabia, el dolor y la angustia de llevar su nombre, mientras el culpable encuentra zona segura en el anonimato, la impunidad y la certeza de repetirlo.

El movimiento feminista en México tomó fuerza durante 2019. Para 2020 dio frutos con movilizaciones en todo el país —incluido Autlán— con una marcha el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer. Las marchas a nivel nacional exigieron el cese a la violencia de género y justicia para los casos de abuso y asesinato de las mexicanas que, como Fátima, perdieron la vida en un país injusto, impune y desigual.

Que adoptar su nombre signifique exigir y que las autoridades nos garanticen seguridad y justicia para las niñas, adolescentes, adultas y ancianas de nuestras vidas, vivas y muertas.¹

1. Este texto se escribió en febrero de 2020, nueve meses antes de que la región Sierra de Amula imaginara que la historia se replicaría tan cerca con el asesinato de Heidi, una niña de 9 años que vivía en Tenamaxtlán y fue encontrada sin vida el 18 de noviembre de ese año. Las palabras que desean justicia para Fátima también lo son para Heidi y su familia.

La incertidumbre de volver a casa

La tarde en que el miedo apareció, no hubo manera de echarlo. La primera manifestación de su arribo estuvo en la vibración de los celulares sobre la mesa, pero las ondas de alarma no fueron suficientes para llegar a Jessica González, quien mantuvo su lugar en el asiento hasta después de que la inseguridad se manifestó en dos mujeres españolas sentadas en el mismo restaurante que ella. Desconcertada por lo que sucedía, la mujer de rubios teñidos quiso obtener una respuesta de los gritos y la salida inesperada de los comensales, pero la réplica no llegó en ese momento.

Jessica no recuerda lo que comió durante la merienda en su visita a Marruecos, pero sabe con claridad que las emociones sentidas aquel 11 de marzo de 2020 no se irán. Después de abandonar el lugar bajo la insistencia de mensajes que le advertían del peligro, hubo que buscar una nueva salida: la que la llevara del país africano a su casa temporal en España.

En la búsqueda de una frontera abierta, la estudiante de posgrado en Marketing siguió indicaciones junto con otras tres personas. Regresar a España era una opción casi desvanecida por la sensación de que las aguas del Estrecho de Gibraltar se alzarían y se los tragarían de una vez por todas, pero aquello era una escena imposible, la ola gigante que mentalmente perseguía a Jessica no existió. En su lugar, el terror fue causado por el enemigo mundial que ha marcado la historia humana: el coronavirus.

Cruzada la frontera y de vuelta en tierras europeas, el miedo ganó terreno. Se extendió por las carreteras durante 48 horas, por los más de 200 kilómetros que separaban a los viajeros de sus hogares en Badajoz, España. Por dos días quedaron varados en Sevilla, ciudad a la que habían logrado llegar desde su huida de Marruecos. La búsqueda de autobús, avión o persona que los llevara hasta su destino era casi nula;

el estruendo de la gran ola persiguiéndolos seguía ahí en forma de cansancio y angustia.

El 13 de marzo, ya en la ciudad que desde febrero de 2020 se convirtió en su hogar, la gran ola alcanzó a Jessica. Sin oportunidad de refugiarse, le reventó en el cuerpo; lágrimas de agua salada quemaban sus mejillas hasta anegarla por completo. Semanas atrás había atestiguado cómo el miedo invadió la vida de dos de sus compañeras de piso provenientes de Italia, el país que para el 20 de marzo ocupaba el primer lugar en defunciones causadas por el virus, con 4 mil muertes.

Cuando regresó, todo había cambiado. Salir a hacer la compra, como dicen los españoles, o a hacer el mandado, como dice la tapatía de 27 años, es una rutina casi militarizada en donde se castiga el no mantener al menos un metro de distancia entre personas y andar en la calle sin razón justificada. El estilo de vida limitado a cuatro paredes parecía exclusivo de Italia e inconcebible en la comunidad autónoma de Extremadura hasta hace unas semanas. Las cifras cambian y los números se vuelven viejos con el tiempo, la COVID-19 arrasa con las vidas e incrementa contagios.

Siete horas de diferencia con México y detrás de su monitor, Jessica cuenta cómo uno de los viajes más esperados en su vida académica terminó por convertirse en un confinamiento lejos de su familia y cerca de la duda.

—Yo tenía ganas de conocer otros lugares porque las distancias son muy cercanas y cualquier lugar es muy bello, pero si a estas alturas no voy a poder viajar, pues ni modo, no me resulta tan importante. Las cosas así se dieron, no hay otra cosa que pueda hacer, pero no quisiera irme en el momento justo en que todo sea peligroso.

El esfuerzo por permanecer en casa y seguir las clases en línea es problema minúsculo en la vida de la estudiante en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Extremadura. El gobierno mexicano le ha dicho que este año no habrá apoyos financieros para estudiantes en el extranjero, como lo habían prometido a través del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), pese a que meses antes la notificación confirmaba que recibirían el apoyo ella y al menos otros 120 mexicanos dentro y fuera del territorio nacional.

Con calma, la mujer varada en una nación que no es la suya recuerda que eran las dos de la mañana cuando recibió el correo electrónico. Esa noche no pudo dormir, pero no estaba sola, el resto de los estudiantes experimentaban el mismo vacío lleno de confusión, enojo, duda, miedo. Antes de volar a España, Jessica tenía 75 mil pesos prestados por su familia; en este momento su cuenta bancaria posee menos de la cuarta parte del dinero, pero le sobran dudas y miedo, el temor de volver a casa con la cuenta vacía.

La próxima vez que tome un avión será el 21 de julio con destino al país de origen y, aunque 102 días la separan del arribo, sus pensamientos toman la delantera al viaje. En su cabeza despegan preguntas sin que logren aterrizar las respuestas, mientras la institución y la Universidad de Guadalajara, escuela de procedencia, le dan una resolución definitiva a la incógnita de cómo sobrevivir con los pesos que le quedan. Le ha planteado su situación al casero de su piso, quien le aseguró que el pago puede esperar hasta resuelto su conflicto, pero Jessica debe cubrir servicios de luz, internet y alimentación; tan solo esta última le consume de manera semanal 800 pesos mexicanos, casi 32 euros.

En este viaje las cuentas traspasan el valor material, su costo ha tocado las fibras emocionales de quienes se resisten a aceptar que el apoyo no llegará, por eso escriben una carta de 16 páginas dirigida a María Elena Álvarez-Buylla Roces, directora general del Conacyt, con quien buscan encontrar una explicación que solucione el problema; pero hasta la fecha no hay respuestas. Los más de 100 mil pesos prometidos podrían nunca llegar.

Durante su espera, los mexicanos en el extranjero deberán vivir y revivir la pandemia: lo primero, bajo su piel y desde las latitudes en que se ubican; lo segundo, narrado por su familia y amigos a la espera de que, con ellos, en México, todo vaya bien.

Con el rostro pixelado y la voz clara, Jessica González, todavía en la pantalla, describe cómo el sentimiento de tristeza predomina cuando visualiza a México enfrentándose al coronavirus.

—Es triste, muy desesperante —dice y sus emociones se canalizan en la pluma verde que sostiene en su mano izquierda y a la que no deja de presionar el émbolo—. No hay algo mínimo que pueda hacer, solo tratar de hablar con las personas que conozco, pero el pensamiento co-

lectivo no los hace ver la realidad y piensan que por estar lejos no llega (el virus).

La familia de Jessica tiene una tienda en Guadalajara, Jalisco. De no tomar las precauciones necesarias, la vida familiar podría reventar. “Me preocupa mi abuelita”, lanza desde Badajoz, a 9,104 kilómetros de su abuela. Tiene 90 años, lo que la incluye en el grupo vulnerable (ancianos, diabéticos, hipertensos y obesos); además, acepta que la mayoría de sus tíos también superan los 60 años y viven también en Jalisco, el estado que será duramente golpeado por la pandemia en meses futuros.

Vista desde sus ojos, la emergencia sanitaria se visualiza desde el pasado por lo vivido en España y en el presente por la manera en que avanza en México, en donde dice no entender por qué las personas no siguen las recomendaciones que resguardarán la salud de los suyos.

—No sé por qué se lo toman así, pero hasta donde yo sé algunas personas están haciendo caso y otras no. Para nosotras es aún más preocupante porque no sabemos qué va a pasar en un lugar donde están viviendo algo que ya vivimos hace semanas y no están tomando las precauciones necesarias. No sabemos hasta dónde va a llegar y esa es una de las razones por las cuales no queremos regresar.

Es cierto, Jessica y el resto de los becarios no quieren regresar a México, dicen que el traslado vulnera sus cuerpos y la salud de sus paisanos cuando lleguen al destino, al país que sí tendrá miles de muertes a causa del virus, estragos en la economía nacional y crisis de todo tipo a causa de la COVID-19. En ese momento Jessica no tenía idea del daño, pero podía sentir la incertidumbre de volver a casa al comienzo de una pandemia histórica que se extendería durante más de un año.

La primera versión de las siguientes crónicas se publicó en el medio de comunicación *Letra Fría* entre junio de 2019 y diciembre de 2020:

Elvira, el fruto de mayo y una herencia familiar (2019)

San Gabriel, el pueblo que se inundó en un día sin lluvia (2019)

Historia de sangre y polvo (2019)

Miriam Díaz, mujer, madre y bombera (2019)

El camino a la fe, peregrinaje guadalupano en Autlán (2019)

¿Quién es Atanasio Monroy y por qué no está en Wikipedia? (2020)

Antes de llegar a 2020, Año Nuevo en el asilo Las Montañas (2020)

La incertidumbre de volver a casa (2020)

El valle o tierra de nadie
se terminó de imprimir en noviembre de 2021
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
Guadalajara, Jalisco
El tiraje fue de 300 ejemplares

www.edicionesdelanoche.com

La comunión entre el rigor periodístico y los artificios de la literatura suele ser un logro que los lectores asiduos agradecen en abundancia, comunión que en *El valle o tierra de nadie* se manifiesta sin reservas. El fruto carnoso de la herencia familiar, el coraje de quien se enfrenta al fuego por amor, el legado artístico que cruza los límites del lienzo; cada testimonio que colma estas páginas alimenta la primigenia necesidad de preservar la historia local que para los autlenses es un menester que no puede ignorarse.

Con vocación humanista y un cariño artesano por la palabra, Esther Armenta encapsula en estas nueve crónicas la inherencia del Valle de Autlán y su pueblo, ese arraigo costumbrista y el sudor en la frente de quienes respiran la fragancia de los días que fueron, pero atesoran con orgullo esta tierra de nadie como su único presente.

- Luis De Loera.



UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA SUR

CUCOSTA SUR
GRANA ●

ISBN 978-84-18791-38-3



9 788418 791383

ISBN 978-607-742-909-8



9 786077 429098